

Auto 1951

47

27 febrero

Las Provincias
Valencia

57

La verdad simulada

(Especial para LAS PROVINCIAS,
Prohibida la reproducción)

Por Joaquín Calvo Sotelo

Un sacerdote madrileño va a representar el papel del Obispo de Teruel, que los rojos martirizaron en nuestra guerra civil. Justifica su decisión la creencia de que, su calidad de religioso, ha de ayudarle a interpretar la figura del santo Prelado con más probabilidades de acierto que cualquier actor seglar. Ha de serme permitido discrepar de tan respetable criterio. El oficio de actor es un oficio delicado y admirable, lleno de secretos, necesitado de sutiles intuiciones y de laboriosos aprendizajes, aunque estos, por desdicha, en nuestro clima sean menos profundos de lo que convendría. Sólo, sobre la base de añadir los talentos propios y naturales de tal menester a la condición sacerdotal del intérprete, podrá éste encarnar la figura del Obispo de Teruel con garantía de éxito. Esto es: o el sacerdote es un actor nato y en ese caso triunfará en su empeño, o no lo es, y en este caso fracasará, aun cuando por la indole de su sagrado ministerio le resulte especialmente fácil la inteligencia de los problemas y las vicisitudes del héroe de la película que se anuncia.

Diderot, tan manoseado, podrá, evidentemente, lucir sus ingeniosas paradojas en el comentario de este caso singular. ¿Cómo hubiera hecho, verbigracia, el propio Napoleón su papel de tal en la «María Walecka», de la que Greta Garbo y Charles Boyer dejaron una versión inolvidable? Seguramente, de un modo mediocre, salvo que se nos hubiera mostrado asistido de aquellas «racias histriónicas» que, si bien indudablemente le adornaban, no desarrolló nunca como profesional de ellas. Cabe asegurar, de igual manera, que los infinitos personajes históricos que ha resucitado la pantalla, se habrían conducido siempre con menor fidelidad a sí mismos que los actores que ocuparon sus puestos y que ninguno habría sido capaz de hablar amar y morir en la farsa con la comunicativa emotividad que ellos lo hicieron.

A título de próxima experiencia, ya recuerdo que para el rodaje de «Zalacain el aventurero», acaso la última película muda española, fueron contra-

tados varios contrabandistas auténticos a fin de que representaran —lo más sencillo para ellos— papeles de contrabandistas. Se hizo necesaria su sustitución: la manifiesta ineptitud con que se condujeron, lo impuso...

El cine, sin embargo, consume un minimum de las facultades de simulación que son inalienable dote de todo actor. Salvo en determinadas circunstancias, que se dan pocas veces, al actor que de verdad lo es, le queda siempre un remanente de histrionismo intacto, que no necesita llevar a la cámara. No así el teatro, en el que han de emplear a fondo y de modo ininterrumpido, voz, figura, ademán y gesto. Bajo la tutela de los mil elementos auxiliares que son característicos del cine, quizá atinó a desenvolverse con cierta holgura ante el tomavistas el no profesional. De hecho cada día nos llegan noticias de experiencias análogas, colmadas con fortuna.

El protagonista de «Ladrón de bicicletas», comparecía, por vez primera, en un estudio, cuando De Sica le lanzó a la luz de la fama. Huelga decir que el teatro no permite esas audacias y que el triunfo, ante las candidulejas, es, casi siempre el fruto de una larga experiencia escénica. Puede, pues, darse el caso de que el sacerdote que asuma el papel del martirizado Obispo, obtenga un éxito grande; pero yo, director cinematográfico, no me atrevería a confiarle empresa de tanta responsabilidad. No es suficiente haberse leído a Klaussewitz para hacer de general alemán, ni tener sangre azul para encarnar Hamlet, ni menos aún ser concejal para interpretar «El alcalde de Zalamea». Cuando el glorioso don Enrique Borrás se echa una peluca encima, no para caracterizarse de joven, que lo es como nadie, sino de viejo, da a entender, implícitamente, que el arte necesita añadir un plus a la vida si ha de infundirle realidad escénica. Aun aquello que se tiene, por fuero propio, es preciso, en el teatro, simularlo. Y la simulación es el reino en que el actor ejerce su soberanía y en el que suelen naufragar cuantos, sin serlo, se atreven a franquear sus fronteras.